



# PUREZA Y SEÑORÍO DE LA RAZA MAYA-KICHÉ



Arriba: Los indígenas de Chichicastenango (Guatemala), a la puerta de su templo parroquial, construido en 1537, queman el copal para agradecer a Dios las buenas cosechas.—Debajo una escena del cambio de gobierno que tiene lugar todos los años el Sábado de Gloria, y tres fotografías que recogen la oración de los Maya-Kichés, que, en acción de gracias, riegan el suelo de la iglesia con pétalos de rosas, y encienden velas en memoria de sus muertos.



**L**a alianza de kakchikeles con mexicas y tlaskalas en las luchas intestinas que debilitaron a los pueblos guatemaltecos en su fuerza y su moral, tenía por objeto vencer a los kichés, pueblo tradicional y puro que no permitía intrusiones de extranjeros y menos aceptaba culturas extrañas a la pureza de sus costumbres.

Don Pedro de Alvarado vióse beneficiado con estas circunstancias y, acompañado de mexicas, tlaskalas y cholultecas, amplió su acción bélica, apoyado por los kakchikeles. Dominó, parcialmente, una parte del territorio guatemalteco en el año 1524, pero el recrudecimiento de hostilidades le obligó a desplazar sus reales de Iximché, fundando Santiago de los Caballeros de Guatemala, en Almolonga, el 22 de Noviembre de 1527.

Jamás en la historia del pueblo maya-kiché había existido la rendición a la fuerza y los rebeldes optaron por huir a los cerros y cumbres de la Sierra Madre, lugar que la planta castellana no había pisado.

Todos los intentos hechos por Don Pedro de Alvarado para rendir a esta tribu fueron inútiles.

Fray Bartolomé de las Casas, en compañía de Fray Pedro Angulo, Fray Luis Cacer y Fray Rodrigo de Ladrada, intentó la pacificación, ayudándose con la táctica de una cristiana comprensión, una gran caridad y un devoto celo al ser-





En esta página, arriba: Una familia Maya-Kiché orando en el templo. Proce-  
sion católica integrada por las cofradías kichés. Instrumento músico, de triste y  
dulce sonido, construido con «tecomates» (calabazas huecas). — Abajo: Día de  
mercado en Chichicastenango Cofrade mayor de autoridad máxima. Dos as-  
pectos del mercado que se celebra entre los templos Calvario y Parroquial. En  
la página siguiente, arriba: El «Baile de la Conquista», recuerdo de homenaje  
a los Reyes de España.—Abajo: Ante la «Piedra del Testimonio», el astrónomo  
y el maestro de preceptos aconsejan a una joven esposa. Mujer Maya-Kiché te-  
jiendo. Músicos anunciantes de ceremonias. Madre indígena llevando a su niño.

MUNDO HISPANICO

PÁGINAS 12-13

LA REVISTA DE 23 PAISES







vicio de Dios y de su Patria. El dominio de la lengua y su gran vocación apostólica, hicieron que Fray Bartolomé de las Casas asegurase la paz de estas tribus maya-kichés, dándoles por absoluta garantía la protección cristiana que les concedería siempre la Iglesia Católica, la cual ampararía sus tradiciones y costumbres, y a la vez la seguridad ofrecida a sus pueblos y personas, con un pacto firmado en nombre de S. M. el Emperador por el Licenciado Don Alonso Maldonado, con fecha 2 de Mayo de 1537, época en que se hallaba al frente de la Gobernación de Guatemala.

Realizada esta magna labor por el Padre las Casas, el cual se puso en contacto con el Señor de Tetzulutan, organizóse la construcción de los templos cristianos, dándose las órdenes oportunas para ello, y aseguró su obra para toda la vida, rotundamente apoyada por el Emperador, quien concedió títulos de nobleza a los Señores de Atitlan, Tekpan Atitlan, Rabinal y Chichicastenango, con facultad para usar escudo de armas.

En el acta de la sesión capitular de 9 de Junio de ese año, celebrada en Guatemala, consta que Fray Pedro Angulo mostró ante los asistentes castellanos dichas mercedes y privilegios concedidos por S. M. a los Señores maya-kichés, por su cooperación pacífica y su ayuda a la evangelización cristiana.

Sólo podemos hallar a esta raza, en conjunto, en la meca indígena donde los maya-kichés se reúnen periódicamente para sus fiestas rituales todos los años. Escogemos la Semana Santa, que es la fiesta más reverente para los cristianos y los maya-kichés.

Comenzamos por decir que los maya-kichés viven en diversos lugares de la República y que se distinguen de las demás tribus por la especial vestimenta que llevan sus hombres. Sobresale el adorno de sus pantalones, consistente en dos aldetas que van sobrepuestas a los costados, en las cuales hay bordados, en colores rojos, amarillos y naranja, unos símbolos solares, diferentes según la edad. Los niños llevan una especie de cruz, de la que salen unos débiles





# PUREZA Y SEÑORIO DE LA RAZA

## MAYA-KICHE

(Viene de la página 14)



Los indígenas Maya-Kichés, que practican fervorosamente la religión católica, oran, arrodillados, en la escalinata de la entrada del templo parroquial de Chichicastenango.

raza maya-kiché, pero esto no es cierto. Esta tribu, más que una fracción étnica, es una fracción religiosa, pues llegan a ella, en peregrinaje, muchos maya kichés que habitan en apartadísimo lugares. Lo cierto es que Chichicastenango es la meca de los maya-kichés y su templo cristiano data de 1540. Está construido sobre una escalinata de piedra, en forma semicircular y su arquitectura se conserva perfectamente gracias al celo y cuidado de los párrocos y de los miembros de las cofradías maya-kichés.

En la plaza del pueblo, que es de estilo castellano, existen dos templos católicos. Uno, el parroquial, y otro que se llama el Calvario. En este último, la escalinata no es en media luna, sino piramidal, y en la plazuela se coloca un arco ante la puerta del templo. Este arco consta de dos gruesos palos, unidos en la parte alta por otro horizontal, sobre el cual se colocan sargas de naranjas y, en medio de ellas, extrañas ofrendas. Dos piñas, unidas a un voluminoso salchichón de carne de puerco, penden del centro del arco. Nadie sabe lo que eso significa, pero da la impresión de un rito fálico. Dicen que es la ofrenda de los carniceros.

El Jueves Santo es dedicado totalmente a las fiestas religiosas. En el altar mayor se colocan toda clase de frutos. Los indígenas asisten al oficio cristiano con gran reverencia y devoción. Quedan a un lado del templo, mientras que los ladinos y extranjeros ocupan el otro.

Por la plaza hay un gran griterío. Un indígena enmascarado representa a Judas y va pidiendo monedas a todos los extranjeros. Su presencia es acogida con una silba o con gritos; se le dan las monedas y se le empuja y maltrata. Desaparece después de haber recolectado el producto de "su venta". La plaza está cubierta de filamento de pino. Al poco rato aparece la procesión, que está compuesta por las cofradías maya-kichés, y, precedida de una música indígena muy triste, va a hombros la urna del Señor yacente. Los maya-kichés van musitando sus plegarias en su lengua y las gentes echan pétalos de rosa sobre este "paso". Tras de él va la

"Dolorosa", adornada con cuatro ramos grandes de flores rojas. Sigue una descomunal cruz de madera, que llevan a hombros unos veinticinco hombres. Cuando la procesión vuelve al templo, la cruz queda tendida en el suelo, sobre unas esterillas que se llaman "petates".

Por la noche el templo parroquial está sumido en un silencio impresionante. De trecho en trecho, los maya-kichés han colocado sobre el suelo alfombras de pétalos de rosa y sobre ellas lucen candelitas en profusión; musitan plegarias y hablan gesticulando y haciendo pausados movimientos con sus manos. Ellos dicen que esto es hablar con sus antepasados, que están también al lado de Dios.

Por la noche, a las nueve, sale la procesión del Nazareno indígena. Es muy tostada su faz y va cubierta su vista con un pañuelo blanco. Después de caminar por las calles que rodean el pueblo, entre los ruidos de las gigantescas matracas y el triste ritmo del tambor y el pito —que lanza al aire una especie de salmodia musical tomada de la Marcha fúnebre de Chopin—, el Nazareno es metido en el Calvario y colocado dentro de una especie de celda con rejas de madera y recubierta de pino por dentro. Allí permanece solitario, pero cuidado por grupos pequeños de indígenas madres, y "guardianas" que pertenecen a la familia de los cofrades.

Sobre la escalinata de la Parroquia, los indígenas queman copal, el "pom" o incienso de sus costumbres, tanto en las mañanas de esta Semana Santa como en otras fiestas del año. El jueves por la tarde, la Pasión es representada por los propios indígenas. El que hace de Jesús es un joven maya-kiché, al que se le trata despiadadamente, y que interpreta a lo vivo todo cuanto la Pasión del Señor relata. Antiguamente llegaba esta costumbre a causar serias heridas en el joven actor, pero en la actualidad sólo se le golpea y maltrata sin grandes daños.

Hay una costumbre que nada dice a los profanos y, sin embargo, es la más importante en su simbolismo. Se llama la de "el penitente". Un indígena maya-kiché está completamente desnudo, con un calzoncillo blanco. Sobre sus hombros lleva amarrada una pesada cruz de madera, pero en sentido transversal, quedando al lado izquierdo, sobre sus hombros, los brazos y cabecera, y todo lo largo de su pie, sobre el lado derecho. Las cuerdas se le incrustan en sus carnes y lleva dos centuriones a su lado mientras camina con gran fatiga y pena por las calles del pueblo. En cada esquina hay un crucero y se hace una estación. El penitente sufre mucho, pero no se le ve el rostro, porque va cubierto con un paño blanco transparente. De su cintura cuelga una larga sogá que tiene unos diez y siete o diez y ocho nudos y que es el sobrante de la cuerda que ata la cruz.

Nadie sabe explicar qué quiere decir esto. Judas ya no es el jueves un enmascarado vivo, sino un muñeco de paja, el cual viste el traje de los kakchikeles de Solola. Le han sentado en actitud meditativa al lado derecho de la entrada del templo parroquial. Delante hay una mesita en la que colocan pequeñas piedras o guijarros los maya-kichés que van entrando en el templo. A su lado está un muñeco, también de paja y con máscara de tipo castellanizado. Va vestido a la moderna, pero es muy pequeño. Frente a estos dos muñecos, un maya-kiché, portador de insignias jerárquicas, está sentado en actitud de vigilancia, para que todos depositen su piedra, y tiene en su mano un vergajo en disposición de usarlo contra el que no cumpla la ley de su costumbre.

El Viernes Santo es un día de imponente silencio. Está dedicado a las procesiones de los ladinos. Judas pende del arco de entrada al templo parroquial y lleva sobre su espalda al muñeco aladinado. Por la noche se les quema —amarrados los dos— frente al templo del Calvario, entre un gran griterío de todos los indígenas maya-kichés. Los ladinos y mestizos se



Los músicos de la tribu Maya-Kiché recorren las calles anunciando, con sus primitivas melodías, las horas de las ceremonias religiosas y de las danzas populares.



van a las cantinas y a los bailes, y los kichés se recluyen en sus casas o en las casas de los hermanos cofrades, hasta el día siguiente.

En el Sábado de Gloria se relevan las Cofradías. Estas son garantizadas cívicamente por los electos, los cuales asumen cargos de justicia, dirección y control en las actividades generales de la tribu.

Respetuosos con el mando supremo del Gobierno guatemalteco, los maya-kichés obedecen las ordenanzas del Estado respecto al servicio militar, las obligaciones ciudadanas y otros detalles patrióticos; pero conservan una especial autonomía para dirigirse como tribu, por lo cual tienen constituida una Oficina de Coordinación Indígena, especie de pequeño ministerio de relaciones exteriores con las restantes tribus y con los ladinos.

Después de proclamarse la independencia de Guatemala, estos indígenas han continuado exactamente en la misma situación que tenían después de la conquista. Cuando se les quiere imponer alguna ley que ellos no aceptan, el intérprete contesta indefectiblemente al mandatario que le ordena: "Esto, Tata, no lo van a entender", y no entenderlo equivale a que nada ni nadie les podrá imponer tal orden aunque tuvieran que matarlos.

Para el maya-kiché y para otros naturales de distintas tribus guatemaltecas, nada importan los cambios de Gobierno. Ellos siempre están en la misma posición autóctona y saben que su suerte como "indios" no ha de variar gran cosa. Por ello, obedecen siempre sumisos y colaboran según se les ordena. Para los maya-kichés todos los cambios de gobierno son idénticos a las cambios habidos durante el régimen virreinal. Los Gobiernos son representantes del Señor de Castilla de quien son vasallos, pues ellos "no entienden otra cosa" que la protección espiritual de la Iglesia y la tradición de su pueblo, respetada en sus pactos.

Existe una aversión profunda entre ladinos e indígenas, que es muy abierta y hostil en otras tribus indígenas guatemaltecas; pero los maya-kichés se parapetan en su mutismo e indiferencia, viviendo sus costumbres y tradiciones en medio de los extranjeros y visitantes de su pueblo escogido como meca. Afluyen a éste, gran número de turistas extranjeros, en particular norteamericanos, los cuales aprecian mucho las bellezas del paisaje, el clima y lo pintoresco del color típico. Pero hay una total incompreensión de todos hacia esta raza noble y señorial que calladamente espera a que se cumpla el ciclo de su silencio. Ellos saben perfectamente que primero es necesario sufrir para vencer por el espíritu y los misioneros dominicos hallaron que esta raza no tiene ningún rito idolátrico y que es pura.

Sobre el cerro de la Democracia se halla una piedra antiquísima ante la cual el Aikij (astrónomo) y el Aitij (maestro de la Naturaleza) dan los preceptos para realizar las uniones conyugales perfectas, las siembras, los cuidados a los descendientes... Pero esta piedra equivale a "la piedra del testimonio" de los israelitas. Ante ella obedecen y juran respetar las leyes de la Naturaleza y cumplir los preceptos que impone la fidelidad cristiana. Es completamente falsa toda leyenda levantada sobre su paganismo e idolatría, como lo demostrará la traducción del libro cumbre de la raza maya-kiché, el "Popol-Wuj", el cual fué hallado, en fragmentos distribuidos en distintos poblados, por el Padre D. Francisco Ximénez; en el siglo XVII, y objeto de muy enconadas controversias a causa de las distintas traducciones que se han venido haciendo por celosos investigadores españoles, extranjeros y guatemaltecos.

Los maya-kichés son herméticos y reservados. No se dejan sorprender fotográficamente en su vida privada, por lo cual escasean las demostraciones sobre sus actividades colectivas y privadas; pero se dedican laboriosamente al cultivo de sus campos; cuidan sus ganados y tejen sus propios vestidos y los atuendos y los trajes usados en los bailes de enmascarados.

Las mujeres tejen en telares rústicos, cuidan de los hijos, atienden a las faenas de la casa y son muy buenas comerciantes en el mercado. Su moral es intachable, pues se desconoce el adulterio; son obedientes al jefe de familia, hacendosas, muy limpias y madres amorosísimas. Sanas y fuertes, dan a luz sus hijos en pocas horas y continúan, después de un descanso prudencial, sus labores domésticas.

Hacen sus matrimonios guiados por el consejo de sus ancianos, que eligen por el sabio conocimiento de las leyes naturales de cada criatura y los temperamentos afines. Una vez pasado el período de preparación pre-matrimonial, de dos años lunares (o sea, dos años de 160 días cada uno), en el cual el futuro esposo ha vivido en casa de los padres de la novia, van al templo y son casados por el sacerdote católico. Después bautizan a sus hijos cristianamente y los educan dentro de una majestuosa serenidad, traspasando sus tradiciones de generación a generación.

Nunca precisan de los cuidados de los médicos modernos, y aunque en Chichicastenango se ha fundado una institución médica extranjera, no son los beneficiados los verdaderos maya-kichés, sino los indígenas que se apropian sus vestidos y su fama turística y tienen costumbres castellanizadas mezcladas de errores ancestrales procedentes de la raza azteca y kakchikel.

Por lo que a nosotros consta, los maya-kichés tienen un gran respeto a Castilla y a todo lo que procede de allá, si ello viene saturado de religión católica y buenas intenciones, puesto que ellos son muy observadores e inmediatamente perciben el pensamiento y la intención de sus interlocutores. Tienen mucha fe en el porvenir pacífico de Guatemala y están muy seguros de que el ciclo fenecido de 400 años dará paso a una nueva era de comprensión, paz y justicia para toda la raza, mal comprendida por los extranjeros. Jamás se violentan ante las burlas de otros y no responden a ninguna clase de provocaciones. Esto quizá se deba a que quedaron en ellos —muy grabadas en su mente— las palabras evangelizadoras de Fray Bartolomé de las Casas, quien, en su cristiana catequesis, les dijo:

"Esto dice el Señor: el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."

Guatemala, Marzo, 1948.

M A R I A D E D I E G O A .  
(Directora del Departamento de Estudios Ibérico-Mayas, de Guatemala)

## DOS HERMANOS ( CUENTO )

(Viene de la página 27.)



cómo el sol hacía su recorrido, cómo las cañas de la charca se mecen en su delgadez, cómo las nubes del cielo se entretienen en hacer y deshacer su propia figura.

José casó joven —recién muerto su padre— con una campesina de una aldea distante, y de su matrimonio nacieron cinco hijos; los dos varones levantaron el vuelo en cuanto se hicieron hombres y sólo de tarde en tarde se les veía por la casa, chalaneando con su padre o su cuñado, comprando algún caballo. Las tres hijas —Juana, Dolores y Marta— jamás salieron del llano; eran como tres taciturnas palomas de corral, con las alas cortadas, sin una ambición que les llevara hasta los cerros del sur, hasta el lejano robledal del norte, hasta los balcones del llano sobre el resto del mundo que, tercamente, se obstinaban en ignorar.

Las dos mayores casaron y enviudaron en poco tiempo y a las dos les quedó, como recuerdo de tiempos no muy felices, un hondo surco de maldad en el alma y una espesa nube de recelo en la mirada.

La mayor —Juana— casó con un caminante que llegó a la puerta pidiendo un sitio al fuego para pasar la noche. La justicia se lo llevó a los cuatro meses escasos de llegar y de él no se volvió a saber jamás una palabra. Dicen que era francés, escapado de la Guayana.

A los cinco o seis meses de preso el marido, Juana tuvo un niño, a quien le puso Esteban, como su padre. Esteban es un niño de carnes flácidas y como enfermas, que mira fijamente, sin pestañear, a lo mejor horas enteras, para el más oscuro rincón; un niño que se pasa días y días quejándose, sin acabar de llorar, como un hombre herido; un niño serio, en cuyos labios jamás se ve dibujada la sonrisa.

La segunda —Dolores— casó con un amigo de sus hermanos, quien la dejó abandonada al poco tiempo y fué a morir, atropellado por el tren, una noche que marchaba borracho por la vía. Se llamaba Martín —como Dolores puso al hijo que le dejó— y tenía fama de hombre de cuidado por todo el contorno.

La pequeña —Marta— es la que lleva el peso de la familia. Casada, muy joven, con Ramón, diez o doce años mayor que ella, tiene ya tres hijas y un hijo por las fechas y, según fácilmente se puede ver, algo nuevo se espera. Es feúcha y flaca, de lacio pelo y pálida color, y está enamorada arduosamente, sumisamente, con un amor que se parece mucho a la adoración, del marido, que corresponde a su manera, casi siempre cruel, siempre despectivo, sólo a ratos reblandecido por fugaces ráfagas de ternura, que acaban sonrojándolo.

Las dos niñas mayores —Luisa y Cecilia—, altaneras y atravesadas, tienen un empaque casi principesco, y un mirar altivo y como amenazador mal perdido en sus figurillas desmedradas. El padre, a veces, también parece como un príncipe acobardado —todo el cuerpo encogido, menos la mirada— cuando la charca llama, por las noches, a quien no puede sobreponerse a la tentación.

La mayorcita guarda entre unos trapos un gorrión muerto y lleno